

TESTIMONIOS

RECORDANDO A PEPE ARANA

Nos conocimos en 1959 dando los exámenes de ingreso a Medicina. Durante los años de Pre-Médicas nos veíamos poco ya que Pepe continuaba como profesor en el Colegio Salesiano. Ya en la Facultad de Medicina comenzamos a estudiar juntos, con Pepe Fishman y Juan Cabrera entre otros. Con motivo de la huelga universitaria de San Marcos y la creación y apertura de Cayetano Heredia, fui a vivir a su casa, por su cercanía a la Universidad y acogido como un miembro más de la familia. Fuimos los primeros en matricularnos como alumnos de la nueva Universidad. Al año siguiente, a iniciativa de Pepe, viajamos al Cuzco con Juan Cabrera para entrevistarnos con don Oscar Nuñez del Prado, mentor del Proyecto de Antropología Aplicada del Cuzco, y así establecer el primer programa de extensión social de la Universidad Peruana Cayetano Heredia (Kuyo Chico). Pepe redactó una elocuente presentación al Decano y el proyecto fue aceptado sin reparos. Como preparación para el trabajo de campo estudiamos quechua, antropología, antropometría, nutrición y microbiología. La experiencia dejó profundas huellas tanto en quienes participamos individualmente como en la institución.

Más adelante en nuestra carrera, y junto con Ovidio De León, nos acercamos a Javier Mariátegui con quien trabajamos en el pabellón 20 del Hospital Larco Herrera, en la Clínica Psiquiátrica de Día y en la Clínica San Martín de Porras.

En 1967 Pepe viajó a Alemania para seguir estudios de post-grado en la Universidad Libre de Berlín. Fueron dos años de apartamiento físico, durante los cuales me escribió hermosas cartas con motivo de la muerte de mi madre, mi matrimonio y el nacimiento de mi hija Inés, su ahijada, cartas que por cierto aún conservo.

En 1969 Ovidio, Pepe y yo nos reencontramos en Maryland para iniciar nuestra residencia en psiquiatría. Desde entonces compartimos, aparte del trabajo diario, intereses e inquietudes, eventos familiares y amistades cercanas. Conoce a Clara Inés en nuestra casa, por intermedio de nuestros comunes amigos Carlos Arturo y Clarita Millán. Poco después viaja a Colombia para su matrimonio. En 1974 llegó tarde al nacimiento de Sebastián por recogerlos del aeropuerto. En 1977 nace Claudia. Por entonces pasa a trabajar al Centro Walter P. Carter como Director del Servicio de pacientes interna-

dos y luego como su Director Clínico. Allí también deja un legado de autenticidad y generosa dedicación al trabajo académico y a la asistencia comunitaria.

Poco después de culminar su mandato como presidente de la Sociedad Psiquiátrica de Maryland le diagnostican un prolactinoma que lo venía agobiando notoriamente. Luego del tratamiento exitoso del tumor y su subsecuente plena recuperación, Pepe se entrega como siempre a la acción, con su entusiasmo y energía acostumbrados. Incluso nuestra amistad se vio remozada: nos veíamos más frecuentemente, ya sea con el pretexto de ponerle sus inyecciones de reemplazo hormonal, darle una comida de sorpresa por sus cin-

cuenta años, o simplemente para tocar y cantar música criolla con otros amigos. Pepe gozaba plenamente mostrando su habilidad tocando el cajón y bailando una marinera. Siempre atento a las necesidades de otros era también amigo y confidente de Rosina y de nuestros hijos. Con motivo de la visita de Javier Mariátegui durante las últimas Navidades y Año Nuevo que pasamos juntos, nos veíamos a diario y posteriormente conversamos sobre su anhelado viaje a Lima, el que finalmente emprende para no retornar.

¡Gracias hermano por los largos años compartidos, años que hoy parecen cortos por tu ausencia!

*Carlos L. AZCÁRATE
Psiquiatra, Taylor Manor Clinic,
Ellicott City, Baltimore, Maryland.*

SEMBLANZA DE JOSE ARANA GALLEGOS

Conocí a Pepe en el antiguo Colegio Belén, situado en el Centro de Lima, en la calle que lleva el mismo nombre. Aquel local fué alquilado por la Universidad de Ciencias Médicas y Biológicas, que se convirtió después en la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Esto ocurrió allá por el mes de mayo de 1962, luego de la crisis institucional de la Facultad de Medicina de San Fernando motivada por la intromisión de la política partidaria en su vida académica, auspiciada desde el rectorado de San Marcos por Luis Alberto Sánchez, notable escritor pero infausto académico.

Pepe fué uno de los tantos que decidimos pasarnos a la nueva escuela médica, en búsqueda de seriedad y autenticidad en la docencia; y bastante más que esto, trayendo bajo el brazo el pergamino de honor logrado a través de sus ardorosas aunque infructuosas defensas en las asambleas estudiantiles del sistema de gobierno de la Facultad de Medicina, sin el tercio estudiantil.

La manipulación política con la mayoría Apra-UNO en las cámaras legislativas durante el segundo gobierno de Manuel Prado Ugarteche, había resucitado el esquema de la participación del tercio estudiantil en el gobierno de las universidades que se había originado en Cór-

dooba (Argentina), casi cincuenta años antes, en un congreso de estudiantes universitarios, y que fué llevado a la práctica en el Perú al inicio de los años treinta, llevando a San Marcos al receso desde 1931 a 1933, durante el gobierno de Benavides, y cuyo efecto lo sufrieron en carne propia la generación de los profesores de San Fernando cuando eran estudiantes treinta años antes.

El mérito de Pepe estribó en saber sopesar el significado de estos hechos y no dejarse arrastrar por la corriente "revolucionaria" que hundió en el caos a nuestra querida San Fernando, y lo hizo arriesgando ser objeto de violencia verbal y física, tal cual se estiló en aquellas épocas para "convencernos" a los entonces denominados "amarillos" y "traidores" de la causa estudiantil.

Pepe no cambió de aulas con un afán egoísta de querer estudiar desinteresándose de los problemas universitarios y nacionales; muy por el contrario fué miembro de la primera junta directiva de la asociación de estudiantes de la nueva escuela de Medicina que, actuando bajo la presidencia de Eduardo Barriga, generó las primeras ideas sobre la necesidad de conocer la realidad de los pobladores del Ande mediante la experiencia directa de vivir con ellos. Luego de un viaje y estu-

dios de factibilidad preliminares, su esfuerzo se concretaría en lo que fue el "Estudio Médico Antropológico de cuatro comunidades indígenas en el Cuzco", más conocido como "Proyecto Kuyo Chico". La experiencia vivida por nosotros y por nuestros profesores abrió el canal de proyección social de nuestra Universidad y la de todos los estudiantes de Medicina del Perú, y a la postre se ha convertido en los ciclos obligatorios de trabajo comunitario que deben realizar los graduados de nuestras escuelas médicas por mandato de ley.

Las características de José oscilaban entre el idealismo y el romanticismo. Un idealismo que lo llevó a identificarse con personajes como Lanza del Vasto, quien a través de su obra *Peregrinación a las Fuentes* fomentó la creación de colonias de vida en común con principios de ascetismo fundados en ideología cristiana, pero con una clara influencia oriental, particularmente hindú y la de su líder contemporáneo por excelencia, Mahatma Gandhi, por quien también guardaba una reverencia casi religiosa. Esta inclinación incluso lo llevó a realizar antes de conocer un viaje de exploración a nuestra Ceja de Selva con el entonces compañero de ideales Raúl Quiñonez, con el propósito de establecer allí una de estas colonias como un claro rasgo de su utopía existencial juvenil, que refrenda mi apreciación de José como idealista.

Su polo de romanticismo está referido a un minimizar la importancia de las formas, así como a su disgusto por los requiebros lingüísticos; tenía una clara añoranza por épocas pasadas; vibraba al escuchar el llanto de queñas dentro de poemas sinfónicos o de música popular andina; la música popular costeña, tanto la criolla como la negroide, lo hacían entrar en éxtasis durante los cuales parecía per-

der esa calma y control para la extroversión que a veces parecía casi un defecto. En cuanta reunión musical me tocó estar con José, no tardaba en pedir cucharas, las que hacía repiquetear con sabor y mesura; conocía letras de vals criollos que hacían quedar cortos a los otros "espontáneos" de aquellas fiestas memorables de nuestra juventud. Al conocerlo a través de estas manifestaciones, al calor de la música, no me cabe duda que Pepe tenía una carga de emotividad tan grande que casi tenía miedo de mostrarla para no exponerse a incomprendiones y evitarse frustraciones en sus relaciones amicales.

Las sesiones de estudio en su casa son memorables por el cariño con que nos trataba Doña Olimpia, engraidora y comprensiva como la que más. Nos quería a cada uno de nosotros como a un hijo y obviamente no ocultaba su orgullo por Pepe quien la correspondía con un cariño y respeto envidiables. Esa vida familiar le dio a José una seguridad en sí mismo que lo hacía aparentar una edad largamente mayor a la de nosotros sus coetáneos, y nos hacía buscarlo para solicitarle consejo y apoyo en nuestras dificultades y problemas.

Sus esfuerzos en afán de superarse fueron premiados en la Universidad desde muy temprano. Así tenemos que oficiaba de corrector de la *Revista de Neuro-Psiquiatría* por encargo de su mentor intelectual, el Dr. Javier Mariátegui Chiappe, desde el tercer año de medicina. Un año después inicia sus prácticas de psiquiatría haciendo guardias en la Clínica "San Martín de Porras" bajo la tutela de su citado mentor. Al finalizar la carrera, recibió el encargo de quienes fuimos sus compañeros de Promoción para pronunciar el discurso de honor en nombre nuestro. Culminando su preparación universitaria, ob-

tiene una beca de post-grado para profundizar sus conocimientos de psiquiatría en Berlín. No lo arredra lo complejo de la sintaxis germánica y además de cumplir su objetivo formal como becario, tiene la oportunidad de incrementar su amplia visión del mundo cultural, visitando Europa en esa edad tan añorada como es la del hombre que empieza a vivir en plenitud.

El desprendimiento y el deseo de no alterar a los demás con sus problemas, lo llevó a padecer en silencio y casi en soledad la presencia de una lesión hipofisaria que lo hacía vulnerable a toda suerte de riesgos, y lo sometía a un régimen medicamentoso permanente; creo que sólo su esposa Clara Inés tenía conocimiento cabal del significado de su mal, y ambos con la mayor naturalidad siguieron adelante derramando calor en la educación y crianza de sus dos hijos.

Su casa en Baltimore se convirtió en segundo hogar para amigos peruanos que, abusando de su hospitalidad, hacíamos escala en ella en las diversas ocasiones en que visitamos el país del Norte.

Clara Inés nos atendía en nuestra vacación, intercalando con sus obligaciones como ama de casa y madre de Sebastián y Claudia, mientras Pepe salía a laborar.

Su estadía en la Universidad de Maryland se inicia como estudiante de post-grado y termina precozmente con su muerte que lo sorprende cuando era Profesor Asociado, habiendo ocupado el cargo de Presidente de la "Maryland Psychiatric Society" (1985-1986) y Presidente electo de la "American Society of Hispanic Psychiatrists".

Pepe muere en Lima, durante una visita como Asesor del Ministerio de Salud, enviado por la Organización Mundial de Salud; al verlo en su lecho de muerte en la casa de su madre, parecía dormir con una plácidez en su semblante que nos permite afirmar que su alma y su conciencia estaban en paz por su noble y notable actuación en la vida. Verlo así me hizo derramar lágrimas por la añoranza de la pérdida de un gran amigo. El 4 de Febrero de 1991 desapareció una de las más grandes esperanzas de la psiquiatría peruana.

*Enrique CIPRIANI THORNE
Profesor Principal de Medicina,
Universidad Peruana Cayetano Heredia,
Lima-Perú.*

MI AMISTAD CON UN HOMBRE BUENO

En una oportunidad escuché una excelente conferencia de Carlos León, sobre el "reloj interno" que parece controlar nuestras emociones, en lo que se ha descrito como "la depresión de aniversario". Súbitamente, un sueño, una canción, un recuerdo, movilizan paradójicamente asociaciones olvidadas, recuerdos perdidos, emociones sepultadas, vemos el calendario y se nos hace claro que ese día o esa noche fue el aniversario de un ser querido que se fue para siempre, de una relación que terminó, de una amante que se casó, de un hijo que se graduó. Hace una semana, en vísperas de asistir a una reunión científica en Washington, D.C., me encontré hablando con Clara Inés Arana, y pidiéndole reunirnos con Bruno Lima, como lo hacíamos cuando Pepe estaba con nosotros. Solamente después de hablar con Clara Inés, se me hizo evidente que mi visita coincidía con el primer aniversario del fallecimiento de Pepe. Como impulsado por un tropismo misterioso, quería estar junto a la familia que Pepe siempre adoró.

Recuerdo cuando hace un año, al entrar a mi oficina un día lunes en Febrero, recibí una llamada de Bruno Lima, quien lacónicamente me dijo que Pepe había

fallecido en el Perú. Siempre he pensado que la bondad hace a las personas más vulnerables a la muerte. En mis diálogos con Pepe muchas veces estuvimos de acuerdo en que las personas insensibles, miserables, traidoras y destructoras tenían un sistema inmunológico que las protegía. Llegamos a una suerte de "conclusión", nada científica pero no por eso menos decisora: los psicópatas nunca mueren; y teníamos muchas anécdotas de autoridades universitarias en Departamentos de Psiquiatría en los Estados Unidos, que confirmaban nuestra hipótesis. La desaparición de Pepe pareciera convalidar esta teoría indemostrable, porque si hay hombres buenos, inocentes y con la misión de mejorar la vida de los demás, José Arana fue un ejemplo de ello y ya se nos fue.

Conocí a José a los 18 años, era el primer año de medicina, leíamos "Libertad", el órgano del social progresismo en el Perú nos atraía. La Revolución Cubana se veía como una esperanza. "Escucha Yanqui" de Beals, "El miedo a la Libertad" de Fromm, "El fuego" de Barbusse, eran los libros que compartíamos, José se sentía como el hermano mayor, muy cuidadoso en las asambleas de estudiantes donde queríamos cambiar el mundo en po-

lémicas enardecidas. Dejé de verlo por un período largo, hasta volver a encontrarnos en Baltimore, con Ovidio De León. Eugene Brody lo quería mucho. Pepe era un excelente maestro, los alumnos lo preferían como supervisor. Cuanto mayor su experiencia, más intenso era su ritmo de trabajo. Adoraba a su familia y se sentía muy orgulloso de ella. Tenía también otra gran familia: el Carter Center. Ese era su proyecto vital; sufría cuando tenía que suprimir un puesto de trabajo, agonizaba cuando tenía que ejecutar decisiones administrativas que iban en contra de sus principios.

A través de muchos años desarrollamos una amistad que nos renovaba mutuamente. La red del "Simón Bolívar" se convirtió en una red de amigos, era nuestra red de apoyo. De Chile a México, de España a Perú, éramos un grupo de amigos que compartía el sueño quijotesco de ver un continente unido, de pagar la deuda con el país que nos formó, de entender mejor a los 20 millones de Hispanos que, como decía Octavio Paz, ríen, lloran, hacen el amor y mueren en español, aunque vivan en los Estados Unidos.

Comenzamos a viajar juntos. La República Dominicana, Colombia, Perú, Brasil, Costa Rica, etc. Cada encuentro reforzaba la amistad, éramos los psiquiatras del "Cuerpo de Paz", como diría Gladys Egri. No era raro conversar todos los fines de semana, siempre en torno a un nuevo plan, una nueva publicación, un nuevo proyecto. Cuando José enfermó y no pudo asistir a una reunión en Cusco,

con Max Hernández, Javier Mariátegui, Alfonso Mendoza y otros amigos comunes, Oscar Nuñez del Prado, quien falleció un mes antes que Pepe, me dio un disco y un artículo sobre Kuyo Chico, para José. De alguna forma se cerraba un círculo abierto hace 20 años, cuando Pepe era alumno de Cayetano Heredia y viajó con Carlos Azcárate, Juan Cabrera y otros, al Cusco para establecer el primer programa de extensión de la nueva Universidad. Nunca se perdonó Pepe no haber podido estar en esa reunión veinte años después, sentía que nos había abandonado. Dos años más tarde, Pepe viajaba a Lima con Tuncho Levav, en una consultoría para la OPS. Estoy seguro que aquel domingo de febrero sonó el cajón peruano y se escuchó el vals que él tanto amaba: un hombre bueno que nunca mereció morir, nos dejaba físicamente.

El "Centro de Investigación de Salud Mental Andina José Arana-Oscar Nuñez del Prado", proyecto emprendido por el capítulo de la Sociedad Médica Peruano-Americana (PAMS) en Illinois, así como la "Conferencia José Arana" instituida en su memoria para las reuniones de los psiquiatras hispanos en Estados Unidos, son esfuerzos por fijar como en un molde de parafina, la visión de José, su amor al Perú y su recuerdo. Es también el mensaje que quienes lo quisimos tanto deseamos transmitir a Clara Inés y sus hijos, que tuvieron la suerte de vivir con un marido y un padre que fue esencialmente un hombre bueno. Los amigos compartimos también su pérdida.

*Moises GAVIRIA
Profesor de Psiquiatría,
Universidad de Illinois, Chicago.*

UN RECUERDO DE PEPE ARANA

De las múltiples memorias que albergo de Pepe, tras recorrer con él caminos del Sur, el Centro y el Norte de América, el destello más cálido proviene, curiosamente, de nuestros primeros encuentros.

Promediaba la década de los 60, cuando la Universidad Peruana Cayetano Heredia se asomaba a una incipiente madurez. Era él ya un respetado estudiante de los años superiores de Medicina, mientras yo comenzaba, con ojos asombrados, a trajinar por la Facultad. Me enteré entonces que Pepe está organizando un grupo de heredianos interesados en visitar las comunidades andinas de Kuyo Grande y Kuyo Chico. La agenda explícita era estudiar y trabajar durante el siguiente período estival con compatriotas que, desde Lima,

lucían distantes y extraños. Mi iniciación en la Directiva de la Asociación de Estudiantes me permitió presenciar las reuniones preparatorias de sábados por la tarde, las discusiones con antropólogos y sanitarristas, y la confección, con más entusiasmo que competencia, de materiales de trabajo. Por circunstancias que he olvidado, no fui de la partida. Si sé, y demasiado bien, que él y los líderes que le siguieron, atrajeron a los espíritus más elevados y generosos del claustro herediano. La agenda implícita, que pocos como Pepe vislumbraron con cabalidad, fue el impacto que tendría en el devenir de cada quien el tomarle el pulso a ese trozo del Perú profundo.

Pepe los tocó así, y no sólo a ellos, para siempre.

*Juan Enrique MEZZICH
Profesor de Psiquiatría,
Escuela de Medicina,
Universidad de Pittsburgh,
Pennsylvania.*

UN RECUERDO DE JOSE ARANA, ALUMNO Y AMIGO

El Dr. Arana vino a nuestra Universidad hacia finales de la década del 60. Traía credenciales y referencias excelentes de sus colegas peruanos, incluyendo el Dr. Javier Mariátegui, a quien yo ya conocía como uno de los *scholars* y líderes profesionales más sobresalientes de América Latina. Más, sus recomendaciones fundamentales provinieron de sus amigos y colegas que ya se nos habían unido antes. Fue, sin lugar a dudas, un hombre que inspiraba gran calidez y amistad. La fuerza de su personalidad se hizo evidente para mí cuando lo entrevisté después de haber sido "bombardeado" por miembros de mi personal docente que no estaban tan interesados como yo en conformar un grupo culturalmente diverso de residentes y estudiantes de post-grado. A pesar de esa fatigante inquisición por parte de los miembros de nuestro comité de selección de residentes, él se mostró como una persona madura, de dignidad y calma inalterables, y a juzgar por su conversación, de generosidad innata y con capacidad para compartir y ayudar. Aun en la era de una tecnología biomédica de rápido avance estas fueron y son cualidades esenciales en alguien que dedica su vida al cuidado de esos seres ansiosos, dependientes e inválidos que llamamos pacientes.

Pepe, tal como muy pronto me avine a llamarlo, justificó plenamente nuestra confianza en él, con su trabajo como residente y, después, como miembro joven de nuestra plana docente. Después de mi retiro de la dirección del Departamento y del Instituto, me consultaba de vez en cuando en relación a temas personales y profesionales. Trabajar en la Universidad en épocas de cambios administrativos y de recursos financieros declinantes, y en el sistema de salud mental comunitaria (el Centro Carter), no era fácil. Pepe deliberó intensamente para decidir qué línea de trabajo sería la más apropiada y gratificante. A la larga vencieron su interés y dedicación hacia la psiquiatría pública. En tanto que, como cualquiera que trabaja en ese campo, continuó encontrando repetidas frustraciones, su decisión de permanecer como líder clínico del Centro Carter fue, pienso yo, la correcta. En ese escenario, sus calidades humanas, combinadas con sus destrezas clínicas y profesionales, hicieron del Centro Carter una fuerza genuinamente constructiva para la salud mental en la zona interior y deprivada de Baltimore.

Siempre nos interesaron, aun mucho después de que yo dejé la Universidad, otros aspectos de su trabajo. En mi

calidad de Editor del *Journal of Nervous and Mental Disease*, tuve el privilegio de leer algunos de sus manuscritos. Sabía que yo era un crítico severo pero siempre recibió mis sugerencias con gran buen humor, comprensión y tolerancia. Fue para mí un placer muy particular el añadir mi recomendación a otras que condujeron a su nombramiento como Consultor de la Organización Panamericana de la Salud. En mi calidad de colaborador de muchos años de la Organización Mundial de la

Salud, y amigo de sus líderes psiquiátricos, no tuve duda alguna de que Pepe sería una excelente adición. El trabajo a nivel de la interrelación cultural pareció, verdaderamente, un lugar ideal para esta alma gentil que había llegado a conocer bien el mundo, y Norteamérica en particular, pero que nunca perdió su identificación esencial con la tierra y la cultura de su nacimiento. Hemos perdido un amigo y un colega y el mundo está hoy empobrecido con la partida de Pepe.

EUGENE B. BRODY
Profesor y Jefe Emérito,
Departamento de Psiquiatría,
Universidad de Maryland.

JOSE ARANA: IN MEMORIAM

José Arana, guía, maestro, amigo...

Supe de su calidez y de sus bondades como ser humano desde antes que me hiciera residente de psiquiatría en la Universidad de Maryland donde él se desempeñaba no sólo como Director Clínico del Centro Comunitario Walter P. Carter, sino también como profesor y supervisor.

Durante mis años como residente pude comprobar cuánto lo respetaban y admiraban mis compañeros de trabajo y también tuve la suerte de tenerlo como supervisor por seis meses durante una de mis rotaciones clínicas. A lo largo de ese período aprendí a respetar sus grandes dotes como clínico, administrador y maestro, a valorar sus opiniones y sugerencias y a integrar todo aquello en nuestra relación, hasta ese momento fundamentada en afecto mutuo: solidaridad y generosidad por su parte, gratitud por la mía.

Aun cuando el tema de nuestra conversación fuese estrictamente clínico y académico y cual más cual menos tuviera pequeños tropiezos traduciendo del inglés, nuestro idioma adoptivo, ambos parecíamos tener un tácito acuerdo sobre

cuál sería nuestro idioma personal. Hablar en castellano con él me hacía sentir un poco más cerca de nuestras raíces comunes, y también importante sabiendo que excluía de nuestra mágica conversación a "los demás", a ese mundo anglo-parlante que tanta ambivalencia aún me produce y al que sentía envidioso de lo que yo tenía y ellos no.

A pesar de que siempre me dirigí a él como "Doctor Arana" y de que nunca pude tutearlo, siempre lo sentí muy cercano y genuino, especialmente en momentos en que yo necesitaba a alguien que me enseñara el camino en estas tierras extrañas. Por ser él quien fue, por no olvidar sus orígenes, por trabajar para y por los pacientes más necesitados y por ser tan sensible y gentil, por todo ello, yo y muchos otros lo recordaremos eternamente.

En su honor, el grupo de residentes de psiquiatría de la Universidad de Maryland ha creado un premio anual a ser entregado a aquel profesor del departamento que se distinga en el campo de la psiquiatría comunitaria. El primero en recibir tal distinción en forma póstuma, en Junio de 1991, fue José Arana.

*MARCELA HORVITZ-LENNON
Residente de Psiquiatría,
Universidad de Maryland,
Baltimore, Maryland.*

EN MEMORIA DE JOSE ARANA

En Marzo de 1984 se celebró el segundo Symposium de la Sociedad Americana de Psiquiatras Hispanos (ASHP), una organización basada en los Estados Unidos, con miembros locales y del resto de las Américas y Europa. El frío, la humedad y el cielo gris característicos de la "Ciudad del Viento", no podían eclipsar la calidez y alegría que exudaban en los corredores y aulas llenos de colegas de varios lugares del mundo. Abrumado por la presencia de tantos prestigiosos colegas y por la incitación y estímulo de la conferencia no pude sin embargo dejar de notar a uno de los participantes: un hombre, alto, de ojos ocultos detrás de gruesas gafas, ojos mezcla de pasión y tristeza. Su voz suave y su sonrisa humilde contrastaban con su enorme bigote. "Soy Pepe Arana", se presentó el mismo. Y desde entonces para todos nosotros en la Sociedad, así permaneció, Pepe. Cálido, respetuoso, atento, manteniendo su distancia, pero invitando al mismo tiempo a acercarse a él a través de su genuina sonrisa, tímida pero acogedora. Esta postura y presencia permanecen en nuestra memoria como un sello personal. Cauteloso, no por sus sentimientos acerca de los otros,

sino por la intensidad y la seriedad con que veía y manejaba sus relaciones con ellos. Seriedad que caracterizaría cualquier proyecto, acción o requerimiento de ella por su parte. Al conocerlo más, uno se daba cuenta muy pronto de que su cautela era una frágil barrera de protección hacia el compromiso, ya que, una vez conferida su amistad, Pepe daría, no lo dudábamos, 300% en su participación y dedicación. Su congenialidad y su siempre presente perfeccionismo expresado con gran humildad, fueron atributos que se ganaron la admiración y el respeto de sus amigos, colegas y estudiantes.

Los que tuvimos el privilegio de trabajar con él, bien sabemos que cualquiera que fuese la tarea, sentiríamos plenamente su genuina lealtad, su esfuerzo incondicional y consistente, con metas y logros de excelencia, llevados a cabo en forma mas bien silenciosa, tal vez para no agobiarnos o para evitar la ruidosa expresión de un merecido reconocimiento.

Cuando le pregunté si estaría interesado en hacerse cargo del programa científico del Sexto Symposium Internacional de la ASHP en Puerto Vallarta, con la esperanza (de nuestra parte) de que

eventualmente aceptara la Presidencia, su predecible reacción inicial fue de cautela, la cual dio paso pronto, sin embargo, a su plena aceptación. Nunca se lo dije por cierto, pero estoy convencido de que mientras consideraba esta propuesta, sus ojos revelaron inmediatamente que ya estaba donando 1000% de su interés, vigor y dedicación a la nueva tarea.

Dolorosa y trágicamente fuimos despojados del honor, el privilegio y el beneficio de su liderazgo. ¡Qué pérdida para nuestra Sociedad, para la comunidad hispánica en general, para su familia, sus amigos, colegas, estudiantes y pacientes! ¡Qué pérdida la de su devoción al tratamiento a los necesitados y a los pacientes crónicos! ¡Qué pérdida la de sus ideas germinales que estaban tomando ímpetu y ganando reconocimiento general, abruptamente interrumpidos por su prematura muerte! ¡Qué pérdida personal para todos nosotros! ¡Qué pérdida la de su persona como padre, amigo, terapeuta! ¡Qué pérdida la nuestra, al no poder ya más presenciar el hermoso despliegue de

su capacidad de dialogar con flexibilidad, con diferentes individuos, a cualquier nivel! Con ciertas personas, permanecía humildemente en un diálogo digno de una tertulia erudita; con otras, establecía cálido contacto, a pesar de estar ellas funcionando a un nivel primitivo y concreto. En ambas circunstancias, Pepe enriqueció siempre a los beneficiarios de su atención.

Pepe: tu estada entre nosotros fue injustamente breve, tu presencia y mérito vivirán con nosotros siempre. No hay mejor manera de terminar escribiendo acerca de tí, sino con estas palabras de Unamuno:

"... al ganarse en intensidad se gana en extensión también, por paradójico que os parezca; ...

... Por mi parte prefiero ser átomo eterno a ser momento fugitivo de todo el Universo".

Pepe, tu pasaje fue breve pero serás siempre parte integral de nuestra más preciada intimidad. ¡Adios!

*Eduardo VAL
Profesor de Psiquiatría,
Universidad de Illinois, Chicago.*